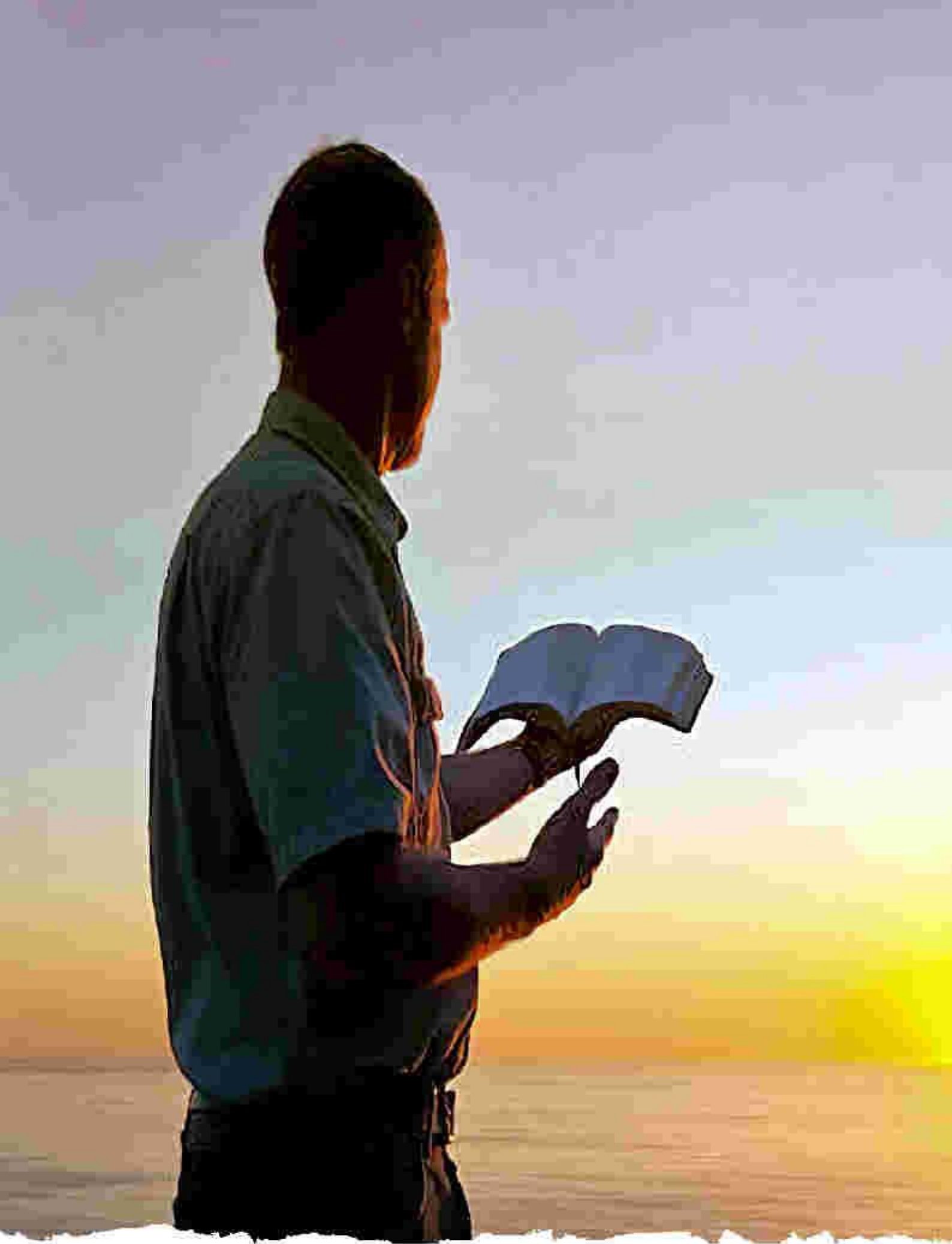


LUZ  
ENTRE LAS  
SOMBRA



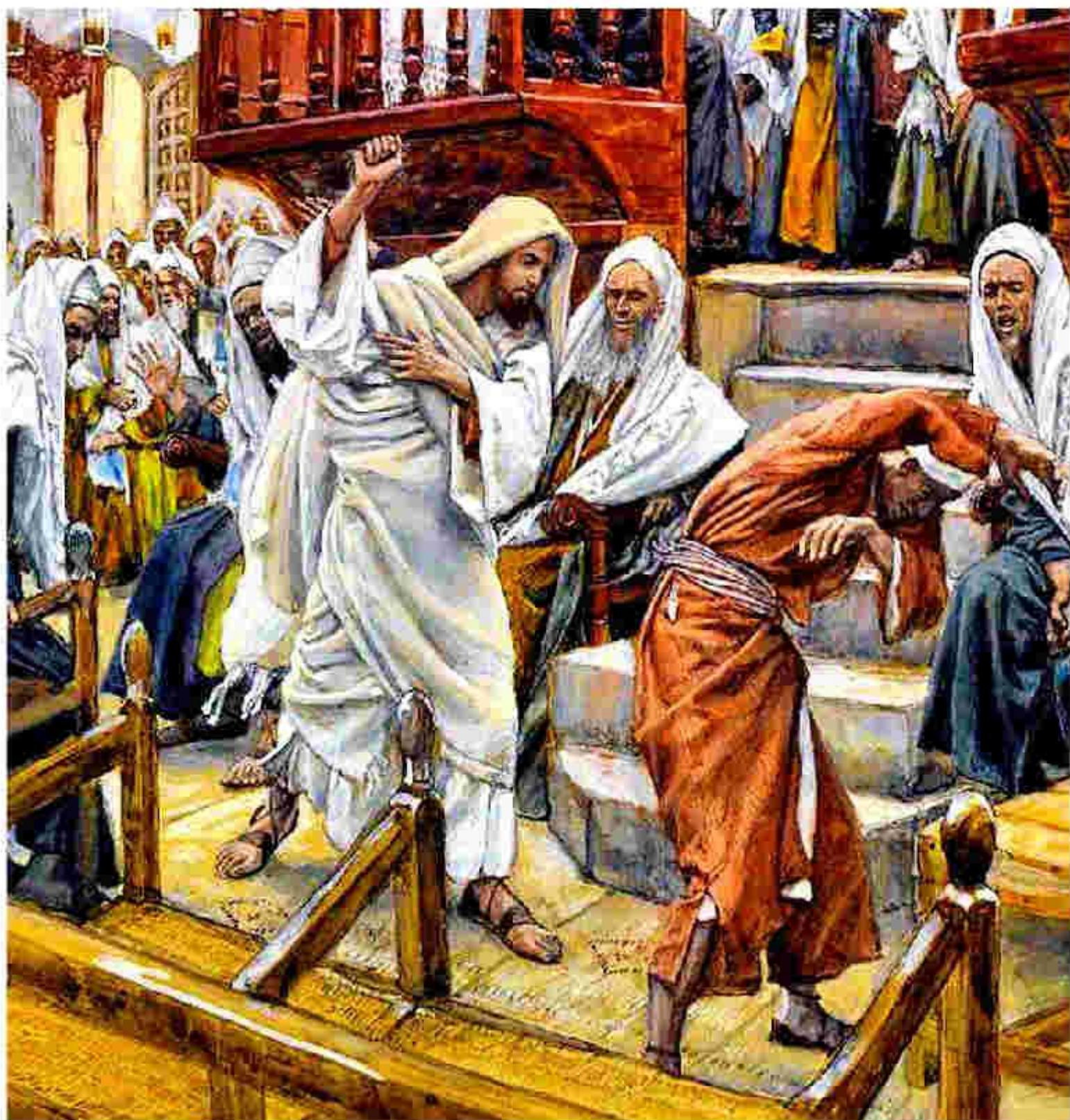
MARTES XXII  
Tiempo Ordinario





**LA CREDIBILIDAD  
DEL MAESTRO Y LA  
DEL DISCIPULO ES LA  
MISMA: QUE CREAN  
LO QUE DICEN Y,  
ADEMAS, LO VIVAN.**

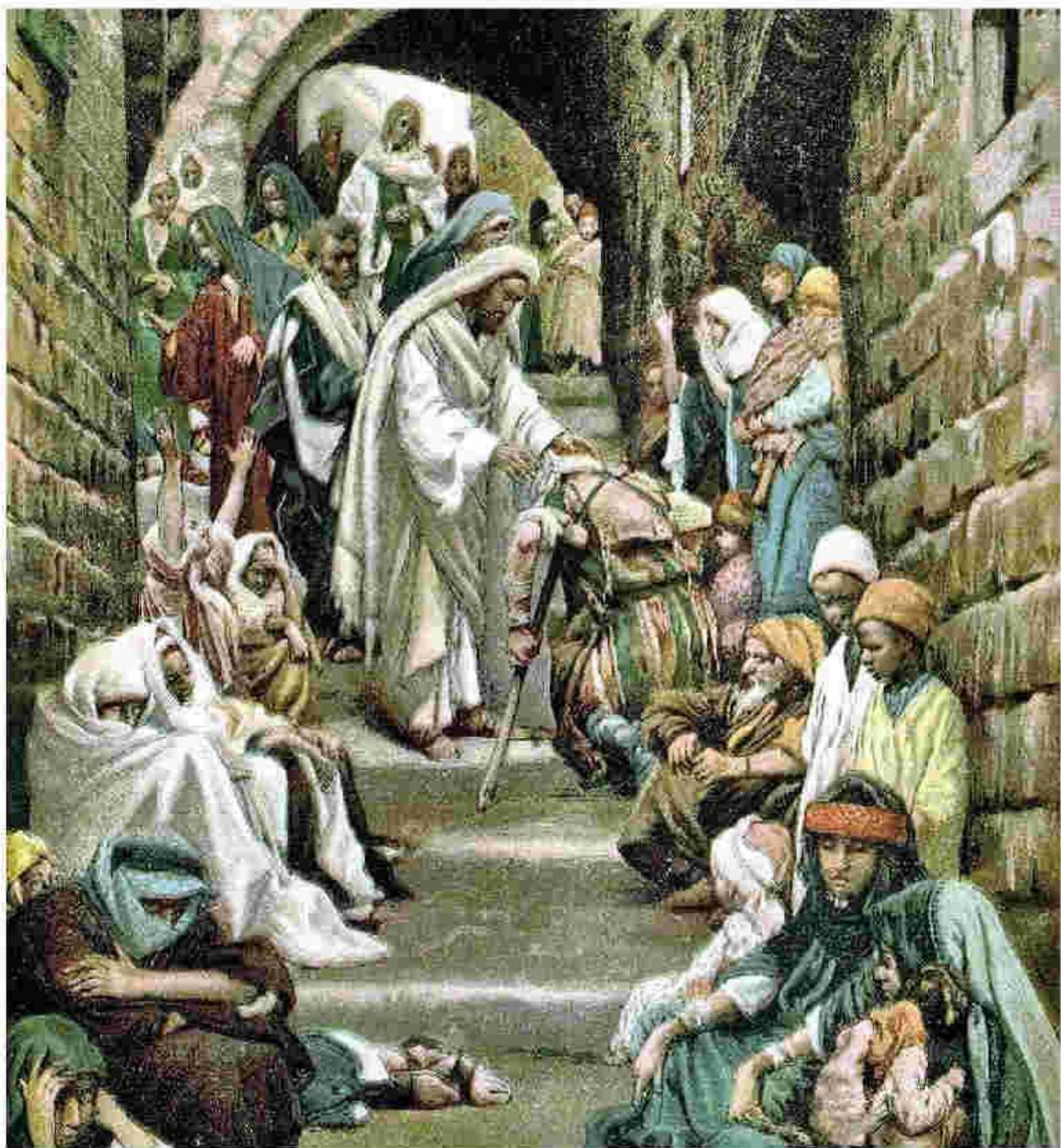




## **Lucas 4,31-37**

**Jesús increpó al demonio, que salió del hombre sin hacerle daño. Todos, asombrados, comentaban entre sí: "¿Qué clase de palabra es esta? Pues da órdenes con autoridad y poder a los espíritus inmundos, y salen."**





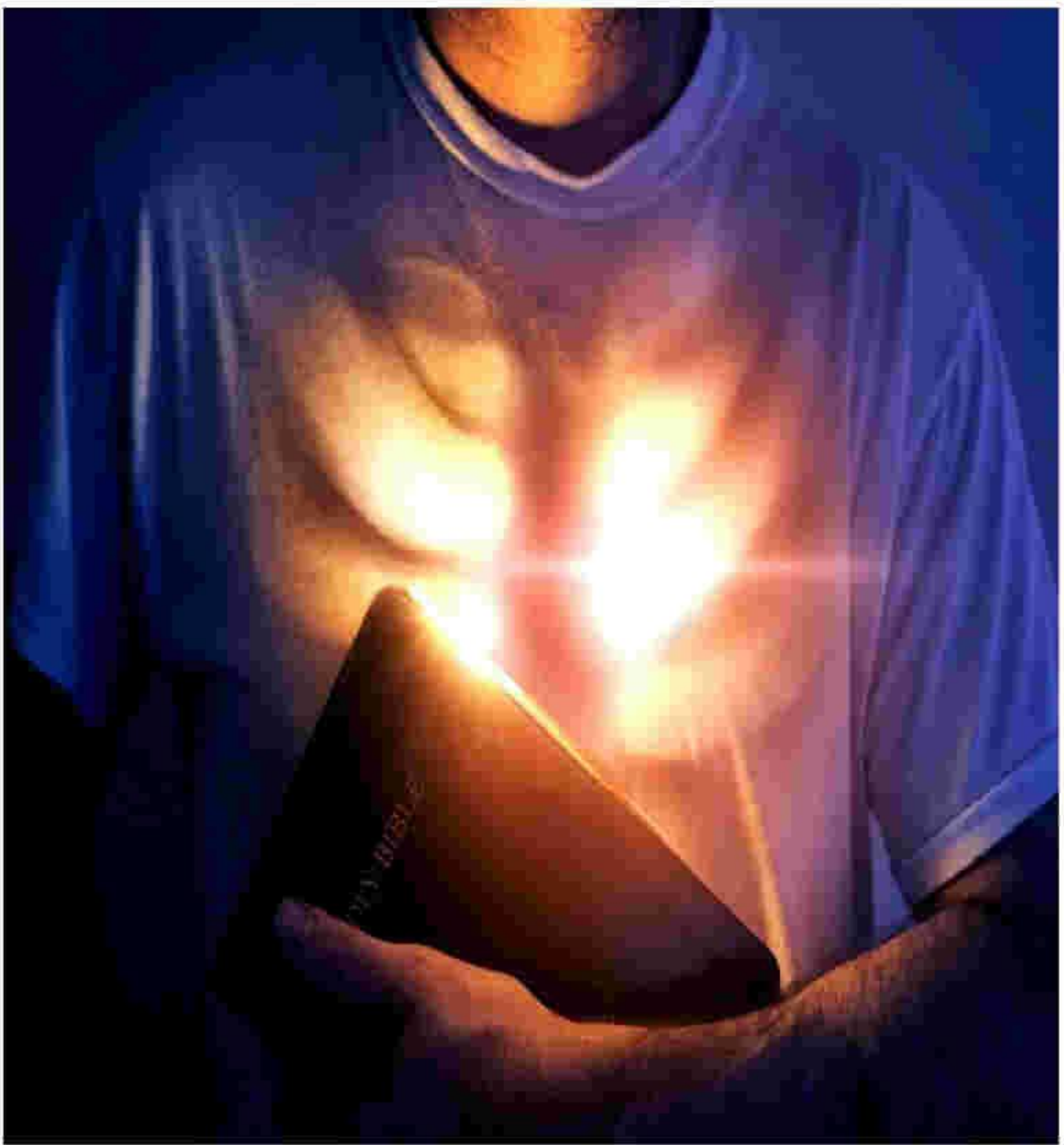
Jesús no se entretiene en discursos: ante la necesidad, actúa. La exquisita delicadeza del amor de Jesús al hombre es lo que da poder a sus palabras. Cree tan profunda y sinceramente en la bondad y belleza de cada ser humano, por destrozado o roto que esté, que es capaz de liberar y curar. Jesús es la propuesta de vida que hace retroceder al Mal, nos libera de él y nos pone de nuevo en pie. Jesús jamás hace daño, sólo nos hace bien.





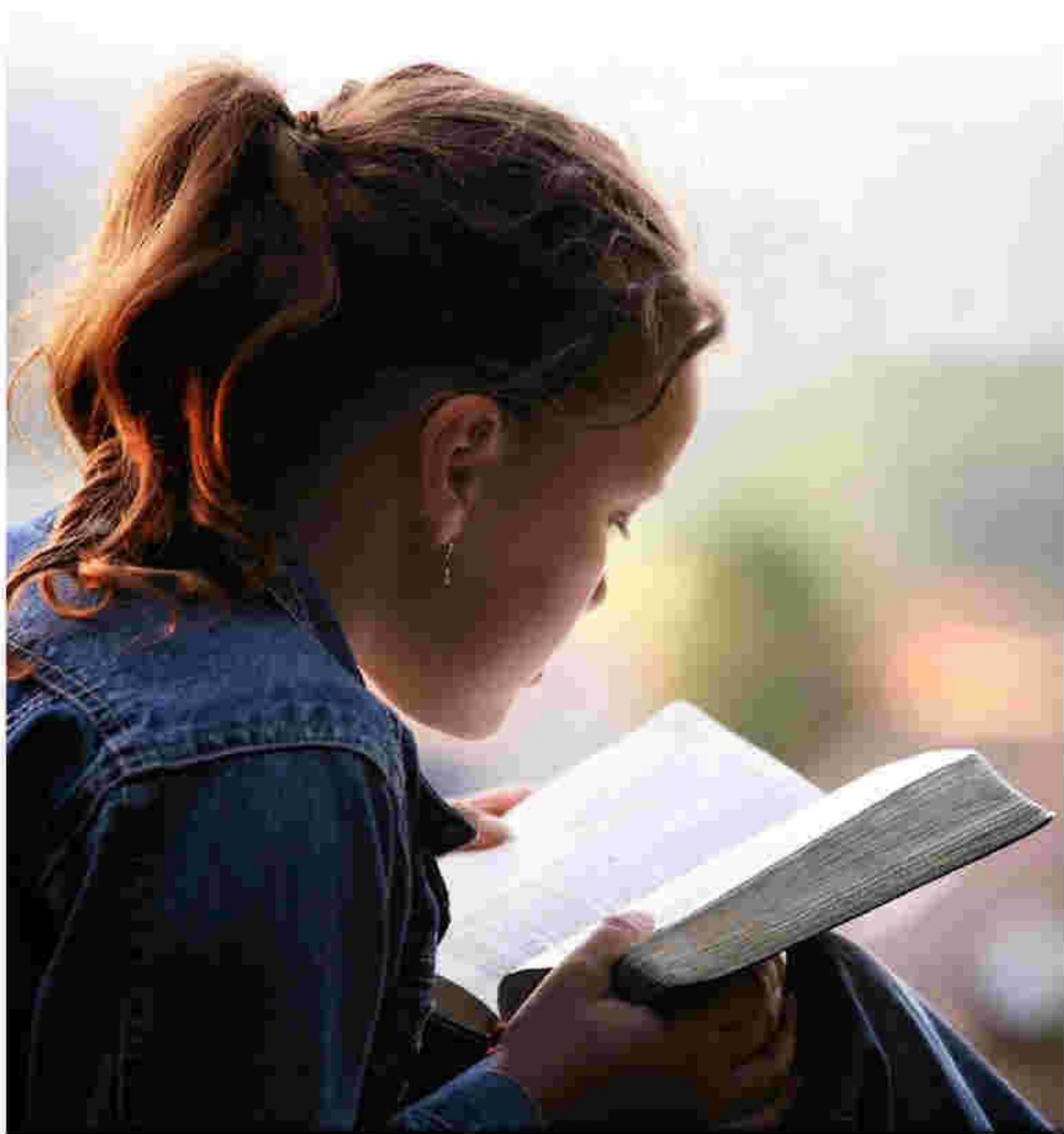
Jesús habla con autoridad y sus “dichos” llaman la atención. Pero también desarrolla un trabajo enorme de humanización: sana, cura, expulsa malos espíritus, consuela, perdona... Y sus “hechos” y la honradez y sinceridad de su persona validan sus dichos. Predica y da trigo. Nadie le pudo tachar de incoherente, interesado o timador. Hablar con autoridad significa hablar creyendo y viviendo lo que se dice.





El Evangelio es Palabra de vida:  
no oprime a las personas, al  
contrario, libera a cuantos son  
esclavos de tantos espíritus  
malvados de este mundo: el  
espíritu de la vanidad, el apego al  
dinero, el orgullo, la sensualidad...  
El Evangelio cambia el corazón  
de las personas y la vida,  
transforma las inclinaciones al  
mal en propósitos de bien: es la  
Buena Nueva que nos transforma  
si nos dejamos transformar por  
ella.





La Palabra de Dios es fuerza salvadora: dejemos que nos hable, escuchemos las palabras que necesitamos oír en nuestro interior, para ser más nosotros mismos, más suyos, más capaces para el amor y más felices.

Tengamos un contacto cotidiano con el Evangelio: leer cada día un pasaje, meditarlo. Es decir, alimentarnos cada día de esta fuente inagotable de salvación.

Dejémonos llenar de ella y seremos auténticos al anunciarla.





Hemos de ser, en Cristo,  
portadores de su  
salvación y anunciar  
el Evangelio...

creyendo y viviendo  
lo que decimos.